

UN PUNTO DE EXTERIORIDAD. MEDITACIONES SOBRE EL INVESTIGADOR INSTITUCIONAL

*Carlos F. Greco** / Diana Crespo***

RESUMEN

Este intenta ser un texto friable, entrópico, provocador de capacidades interpretativas, cuyo sentido se construya en la hondura íntima del deseo y del anhelo propios. Un texto que acompañe el peregrinaje por el límite de alguna paciencia agotada. Que reconozca la pobreza de lo sólido, lo compacto, lo reconciliado, e indague lo elástico, lo expandible, lo abierto. Un texto que peine a contrapelo lo necesario y cubra con fragmentos un día de trabajo del técnico. Un texto que deflacione la verdad para dejarnos solos con nuestros resultados y nuestras respuestas. Es un texto que propone un salto. Un sujeto perturbador, una ciencia que no piensa y una sociedad más allá de la sociología vertebran, en lo que sigue, la argumentación “crítica” con respecto al investigador. En trabajos previos (Greco y Crespo, 2016) los autores vieron que estos tres ejes tienen la capacidad de ocasionar curvaturas alternativas en la cotidianeidad laboral, con posibilidades de relajar las tensiones en nuestra identidad como técnicos, exponiendo costados de la misma, sino con mayor, por lo menos, con distinto impacto de transformación.

PALABRAS CLAVE: INVESTIGADOR INSTITUCIONAL – PUNTO DE EXTERIORIDAD –
ARGENTINA – SUJETO

* Investigador Asociado al Proyecto de Transformación de Residuos, IMYZA, INTA Castelar. Correo electrónico: <carlosgreco@fibertel.com.ar>.

** Directora del Proyecto de Transformación de Residuos, IMYZA, INTA Castelar. Correo electrónico: <crespo.diana@inta.gob.ar>.

LA COCINA DE UN PROYECTO QUE NUNCA FUE NECESARIO

El ejercicio que se propone en esta primera parte del trabajo es leer atentamente lo que sigue, no como historia de un proyecto, es decir, como lo que sabemos o debemos aprender, sino, como lo entiende Latour, desde el lado derecho de Jano, como “ciencia en acción” (Latour, 1992), para poder debatir el proceso de generación y construcción de saberes, con toda la gravedad que eso impone a lo que después se vaya a hacer, en nuestro caso, con el ecosistema.

La lectura aséptica de la realización científica, por la cual resultados y conclusiones aparecen como el exitoso producto de una cirugía cartesiana que extirpa al sujeto de cualquier fragmento de *naturaleza*, no incluye los turbios –tómese como ironía positivista– orígenes de toda investigación. Los únicos orígenes que se mencionan son los antecedentes bibliográficos que, cual cómplices y encubridores, se confabulan con nuestro trabajo para silenciar a algunos de sus autores, estos últimos depositarios de una verdad transepistémica, discursiva, que motoriza a cualquier proyecto –incluso a lo que se propone en este artículo, oportuna aclaración esta, para mantener la imparcialidad (¡cuidado!, no la objetividad), la simetría y la reflexividad.

¿De qué tipo de verdad se trata? ¿Cuál es la verdad que agujerea todo proyecto? No hablamos de una de las categorías de la lógica modal aristotélica respecto a la veracidad o falsedad de los enunciados; del valor de verdad, cuya importancia, se supone, los estoicos fueron los primeros en esbozar como lógica proposicional, fundadora de las tablas de verdad. Por el contrario, intentamos llamar la atención sobre una verdad contingente, singular, propia de cada proyecto, que lo despoja de universalidad. La verdad como causalidad.

Una aclaración para la lectura de lo que sigue en este apartado: los textos entrecomillados son textuales de los investigadores involucrados en el proceso.

En nuestro laboratorio, originalmente “Laboratorio de mosca doméstica”, uno de nosotros, el investigador A, comenzó estudiando, durante la década de 1990, mecanismos alternativos de manejo para esta, llamémosla, plaga de la avicultura, basándose en el control biológico por aumento de poblaciones de himenópteros parasitoides que destruyen uno de los estados biológicos de dicha especie –el adulto farado–. Se eligieron granjas avícolas como objetivo por representar una de las producciones más periurbanas y cuyo mal manejo genera altas densidades poblacionales de este díptero –muy perturbador y vehículo del cólera, entre otras zoonosis– y a las avispa como

elemento de control, por ser fácilmente producibles en laboratorio. En pocos años, los muy buenos resultados obtenidos en la etapa de investigación permitieron instalar en el instituto una biofábrica comercial para satisfacer a productores de aves.

En 2002, “una crisis personal profesional” del investigador A inicia un fuerte cuestionamiento al trabajo que se estaba llevando a cabo en el laboratorio. Dicho técnico se plantea que, si bien, seguía habiendo temas para investigar, a nivel de campo, “la problemática estaba solucionada. En haras, granjas avícolas y zoológicos la esencia del problema estaba, básicamente, resuelta”. Dice, en otras palabras: “empecé a sentirme demasiadx cómodo: podía solucionar el problema de la mosca doméstica sin inconvenientes”. El investigador manifiesta: “había logrado lo que quería”.

Era una comodidad incómoda: “cuando uno se siente cómodo en un tema es mala señal: ¿para qué hago lo que hago?”. Sigue el investigador: “la investigación había perdido emoción”.

Esta situación motivó una inquietud: “¿Qué puedo incluir en la investigación para avivar el día a día?”. Es, entonces, que se comienzan a explorar otras producciones más problemáticas –porcinas– desde el punto de vista de plagas sinantrópicas como la mosca doméstica, en las cuales los parasitoides utilizados hasta el momento en avícolas, no resultaban eficaces para controlarla. “¿Por qué no funcionaban?”. “Porque, en este caso, había un paso previo que solucionar: tratar los residuos”.

Un dato importante a tener en cuenta son las tareas colaterales a la producción de parasitoides y manejo de moscas en granjas, que se llevaban a cabo en el laboratorio. La biofábrica de parasitoides genera residuos sólidos, por lo cual, el investigador A decide incorporar la técnica del compostaje para tratarlos. Paralelamente, por la permanente necesidad de generar recursos económicos para solventar al laboratorio, comienza el dictado de cursos sobre esta técnica de tratamiento.

Sin embargo, el compostaje es una tecnología que funciona solo con cierto tipo de residuos, por lo cual, el investigador comenzó a explorar otras metodologías de tratamiento que pudieran ser eficaces con los residuos semisólidos o líquidos, presentes en producciones de suinos.

Es en ese momento que el investigador B llega al laboratorio, luego de haber trabajado en Canadá y en los Estados Unidos en temas ambientales, con una propuesta teórica desconocida para el investigador A: la ecología industrial. No es menor aclarar que el investigador B había iniciado su trabajo en estos temas desde el lado de la economía ambiental, con un fuerte énfasis en negocios. En Canadá ingresa como docente/investigador a la Universidad de Prince Edward Island, para dictar, entre otras, la asignatura

Temas ambientales (*Environmental Issues*). Ya, en su segundo año en esa casa de estudios, decide proponer una nueva materia en el área ambiental llamada Manejo ambiental y gestión empresarial (*Environmental Management and Business*), asignatura que dicta durante algunos años en la universidad canadiense y luego, una vez llegadx al país, propone y dicta en la Universidad de San Andrés.

En base a conversaciones iniciales entre ambos, el investigador A dice reconocer “un área de vacancia en el país en este tipo de temas” y propone “hacer una idea, venderla y, así, conseguir fondos”.

Corría el año 2003, una profunda crisis económica había generado cierre de empresas y muchos despidos, amén de enormes dificultades económicas en el área de investigación. Los despidos, muchos de ellos con altos cargos en dichas empresas, habían logrado indemnizaciones interesantes que pretendían invertir en algún negocio alternativo.

El investigador B, en Canadá, había tenido oportunidad de trabajar con arándanos, en un proyecto de ecología de la polinización. Esta posibilidad le significa un muy buen entrenamiento en las técnicas del cultivo. La producción de esta fruta, si bien requería entrenamiento para todo aquel no familiarizado con la agricultura y, sobre todo, una inversión fuerte –adecuada para el tipo de inversores generados en la crisis económica de 2001– recién se iniciaba y era muy redituable, aun en superficies pequeñas. Esta situación es vista por el investigador A como una excelente oportunidad, en esos años económicamente muy particulares y difíciles, para generar fondos para el laboratorio. Propone, entonces, el dictado de cursos de entrenamiento en el cultivo de esta fruta.

Uno de los alumnos de esos cursos, en una conversación absolutamente casual menciona, muy lateralmente, la técnica de la digestión anaeróbica de residuos, en la cual estaba parcialmente involucrado y de la cual se hablaba muy poco en el país por aquellos años. Es entonces que invitamos a dicha persona a una serie de reuniones en las cuales nos introdujo en la técnica. El investigador A recuerda que logra ver, en esas reuniones que, “aunando la ecología industrial con la digestión anaeróbica, no solo podía manejar el problema de los residuos en producciones de animales confinados –porcinos y *feedlots*–, sino que, también, podía generar enmiendas y energía”. Recuerda: “Me cerraba lo que ahora se conoce como economía circular”.

Consecuentemente, nos planteamos la posibilidad de proponer un proyecto de investigación en el tema. A tal efecto decidimos concursar por un subsidio del Fondo de las Américas, de la Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable.

Es durante el planteamiento del proyecto para lograr dicho subsidio cuando se comienza a producir una división temática entre ambos que, luego, se profundizaría una vez concluido el trabajo para el Fondo. El investigador A propone presentar la construcción de una planta de digestión piloto, demostrativa, de 12 mil litros con reciclado de efluente y aprovechamiento de biogás y una planta de tratamiento de residuos sólidos, dos de las tecnologías que mejor se manejaban. Paralelamente, se planeó la creación de un laboratorio de análisis químicos para monitorear al reactor. Por otro lado, el investigador B, que se incorpora al proyecto, “más como un desafío que por un interés particular por los residuos”, manifiesta su total ignorancia en el tema y sugiere participar con una investigación sobre la situación del manejo de residuos en distintas partes del mundo. Este hecho es clave, ya que los resultados que se van a obtener en dicho estudio provocan en este investigador un giro de gran ángulo con respecto a las matrices teóricas que va a proponer, de ahí en más, como aproximación a las *problemáticas ambientales*, a tal punto que, estos dos últimos significantes empiezan a entrecomillarse, permaneciendo de esa forma, hasta la fecha.

Una vez conseguido el Fondo para las Américas, varios actantes entran en escena. Entre otros, se construye el reactor anaeróbico, y se suman investigadores jóvenes. Estos jóvenes son primeras camadas de licenciados en análisis ambiental, en gestión ambiental y en licenciaturas en ciencias ambientales, aparte de ingenieros agrónomos y veterinarios que empiezan a tener interés en esta temática. Estas incorporaciones significan una clara posibilidad para ampliar las investigaciones en la técnica de digestión y acelerar la consecución de información.

Se podría decir que se obtuvieron dos grandes resultados de los trabajos realizados para el proyecto del Fondo. Por un lado, claro está, la construcción del reactor y el inicio de las investigaciones técnicas para el tratamiento de residuos, todo esto dentro de los lineamientos propios de una institución de tecnología como el INTA. Por otro lado, el investigador B encuentra un escenario que no esperaba: la situación de los residuos en el mundo estaba formidablemente lejos de estar resuelta o bajo control, incluso en economías centrales dominantes, con recursos que permitirían suponer, eventualmente, un desarrollo tecnológico suficientemente sofisticado como para haberse desembarazado, en los cuarenta o cincuenta años que llevaba vigente lo que se conoce como *ambientalismo*, del problema de los residuos, así como de otros *problemas ambientales*. Este resultado produjo un estallido del concepto de ambiente y, entre los escombros, los dos investigadores nos tropezamos con “cincuenta años de un ambientalismo abismado en una

curiosa obstinación técnica que lo arrinconó en el ‘cómo’ e hizo del ‘para qué’ un hueco en su discurso. Un ambientalismo, hoy, significado tan solo por las sobras del banquete cotidiano y sus cada vez menos invitados”.

A partir de esta circunstancia es que se inicia entre nosotros, un intenso debate sobre tecnologías –*verdes*–, el cual desembocó en un amplio espacio de revisión de los significantes que configuran a todo técnico en sus trabajos de investigación –por ejemplo y, en nuestro caso, *desarrollo sustentable*–, “verdaderos significantes vacíos, susceptibles de ser hegemonizados y llenados por momentos de cierta significación, funcional a cierto armado de poder”.

Estos debates actuaron a modo de una fuerza centrífuga que desalojó al investigador B del espacio particular de la “problemática” de residuos hacia la periferia de cualquier proyecto tecnológico –llámese residuos, transgénesis, energía eólica, control de *plagas*, algún diseño de manejo de fertilización, etc.– para replantear dicha periferia como *punto de exterioridad* –extimidad–, es decir, no desde una lateralización del debate, poniéndolo a un costado de la cotidianeidad del técnico, sino proponiendo reconfigurar su trabajo desde los límites mismos de su ciencia.

Una vez concluido el proyecto del Fondo para las Américas, el investigador A, a pesar de seguir fuertemente comprometido con la *solución tecnológica*, pone en estos términos el esquema de trabajo que siguió de ahí en más: “en investigación, primero viene el enamoramiento con la tecnología a lo que le sigue un descubrimiento: se vio que la digestión anaeróbica no solucionaba el problema de residuos por sí sola como se pensaba ya que hay asociados temas sociales, políticos, y económicos”. Esto coloca al investigador A en línea con los nuevos planteos surgidos del trabajo del investigador B, pero manteniendo su posición sólida dentro del espacio tecnológico, interpellando permanentemente al investigador B en sus cuestionamientos, generando, de esta forma, una atmósfera desestabilizadora en el equipo, profundamente productiva.

Un dato más. El Proyecto de Transformación de Residuos, en sus etapas iniciales, recibió severas críticas en cuanto a la incumbencia de dicha temática en el INTA y mucho menos en el Instituto en el cual trabajan A y B. Es entonces que el director del mismo tuvo que presentar una justificación: la biofábrica soluciona el problema de las moscas en producciones animales pero es imprescindible manejar los residuos ya que con los parásitos solos empezaba a ser insuficiente.

Lo que sigue es un ejercicio hermenéutico de cómo se llegó al Proyecto de Transformación de Residuos recién descripto y en curso en nuestro laboratorio, invitando, con el presente análisis a los técnicos-investigadores de cualquier área, a una similar puesta en diálogo con su trabajo y con la mayor

cantidad posible de actantes que en él intervienen. El siguiente análisis teórico del caso empírico hasta aquí presentado no invita a transgredir fronteras, sino a eliminarlas, para pensar al sujeto de la ciencia más allá y más acá de la esfera privada y, de esa forma, replantearse, si lo consideran oportuno, su posición de investigadores y el impacto que esto tiene en sus propuestas de trabajo (Greco y Crespo, 2016).

EL PROYECTO PIENSA...ET ÇA PARLE

[...] nadie está obligado a comprender los míos [*sus escritos*]. Si no los comprenden, tanto mejor, pues tendrán así la oportunidad de explicarlos.

LACAN (2006: 46).

Hay recodos temporales en el laboratorio que refugian conversaciones condensadoras de contingencias domésticas y atmósferas sociales. Apostillas que cruzan, desde regiones prohibidas para nuestras posiciones técnicas, fronteras enérgicamente custodiadas, casi una geografía de soberanías fuertes que resguarda a ensayos y mediciones de la contaminación subjetiva. Diálogos que emulsionan lo administrativo con lo científico, la familia con lo institucional, aparecen como pérdidas de tiempo, como lateralizaciones, como excentricidades, casi como insurgencias.

¿Cómo se anuda esa arritmia laboral típica de cada día en los laboratorios con cada resultado que obtenemos? ¿Cómo se arquea el *avance* de la ciencia con el goce de cada publicación o de cada cargo? Seguramente, sugeriríamos que los diálogos emigrados a las mesadas desde espacios sociopolíticos e institucionales, pueden contextualizar a los proyectos, pero no atravesarlos. Sin embargo, no sería mala idea detenerse y preguntarse cómo es que nos preguntamos, qué es lo que hace proponer un proyecto en lugar de otro o, lo que más perturbaría, quién. ¿Qué sucedería si se pensara al laboratorio como tribuna política o usina social, en donde se negocian conclusiones (y algunas cuantificaciones) para elegir y erigir sociedades?

Esta última propuesta sumerge al investigador en un nihilismo tal que, seguramente, le impide considerarla hasta tanto no se la pueda, por lo menos, articular con algún tipo de identidad científica que neutralice el espantoso sentimiento de pérdida en el que, tamaña sordidez, lo recluye. Para poder inspeccionar con más serenidad ese raro espacio de trabajo al cual fuimos arrojados al final del último párrafo, proponemos comenzar la discusión dentro de situaciones más familiares.

En los dos primeros párrafos, dichas situaciones aparecen como emergentes del emplazamiento del trabajo de investigación en la fisura de la modernidad entre sujeto y objeto, provocada por Descartes en el siglo xvii, después de que leyera los *Ensayos* de Montaigne y diera respuesta a su escepticismo. Los proyectos de investigación están atravesados por distancias, por trayectorias que poseen sus tangentes, que sugieren un anudamiento, por múltiples influencias que deben resolverse. Y si se proponen empalmes es porque partimos de algún tipo de separación. Podría hasta plantearse ese día a día en nuestros puestos de trabajo como un *nosotros* y un *ellos*, como una guerra de dos bandos o, si se quiere, como un control policial de buenos contra malos: un problema personal, por ejemplo, no puede robarle la objetividad a la buena ciencia.

Supongamos que tuviésemos la oportunidad de pararnos en el Museo de Orsay en París, frente a la sublime escultura de Barrias *La Naturaleza descubriéndose ante la Ciencia* (figura 1). Más allá de la experiencia estética, ¿qué itinerario teórico o resonancia interior elegiríamos para poder resolver entre la posibilidad o imposibilidad de circunscribir los contornos de la naturaleza que representó Barrias?

Predecir para solucionar es, para el técnico, lo indiscutible. Serenamos trayectorias caóticas y estructuras biológicas fuertemente dinámicas y transigentes en la sustantividad de lo óntico, de la respuesta —exigida—. Apañar como nuevas hipótesis de trabajo a las conclusiones de muchas publicaciones científicas, atestigua que nuestra subjetividad de investigador, apela a cierto recurso laplaciano, aunque no demos crédito alguno —¿...?— a dicho demonio determinista, capaz de conocer la posición y velocidad de cada una de las partículas del Universo en un momento dado, un ser con capacidades sobrehumanas aunque no las consideremos sobrenaturales. Las incertidumbres no dejan de ser, entonces, momentáneos infortunios en un proceso con destino absoluto, es decir, la naturaleza de Barrias, pétrea representación de la *res extensa*, del sueño de una completitud alcanzable con la paciencia del experimento y la demostración.

De pronto, lo que era meramente fenoménico, necesita ser reflexionado ¿Qué significa resolver un problema? Es más, ¿qué significa *problema*? Si bien la ciencia tiene al sujeto del inconsciente como su límite, hábilmente rechazado para que funcionen las estrategias pretendidamente objetivas de la misma, es dicho sujeto el que responde estas preguntas. Es decir, y esto es lo interesante, no es posible una respuesta, ni dos, ni diez. Más perturbador aun es imaginarse el tempestuoso horizonte de consecuencias que esto puede tener, empezando por conceder que la planificación de un proyecto no esté emplazada en el sujeto unificado cartesiano, amo de su pen-

Figura 1. *La Naturaleza descubriéndose ante la Ciencia* escultura de Ernest Barrias. Museo de Orsay, París, Francia



Fuente: Michel wal (<https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Barrias_La_Nature_se_dévoilant.jpg>), "Barrias La Nature se dévoilant", <<https://creativecommons.org/licenses/by-sa/3.0/legalcode>>.

samiento, en relación con un mundo objetivo, sino en un campo de batalla en donde se llevan a cabo los distintos procesos de aparición del sujeto y de sus posiciones, según dispositivos históricos contingentes.

Hay, aun, un refugio de certidumbre en los experimentos. Tenemos nuestra *especialidad*, nuestro *expertise*, un espesor metodológico que nos aparta, nos homogeniza y nos separa del resto. Un mundo de protocolos, desde y hacia los conocimientos, que nos autoriza a programar los procedimientos para responder a voliciones larvadas. Subsiste, entonces, por suerte, un resto para seguir siendo investigadores duros. ¿Subsiste?

¿Cuán a salvo del espeluznante sujeto están los experimentos? ¿En qué parte del trabajo se anuda la subjetividad? ¿En la proyección de los trabajos? ¿En la introducción/antecedentes de los proyectos de investigación? ¿O en todos y cada uno de los distintos experimentos y mediciones que hacemos? Estas preguntas son una invitación a abandonar linealidades, a buscar ángulos, incidencias lumínicas distintas, para reconocer sombras y matices en nuestros esquemas de investigación actuales. Pero, ¿por qué?

Porque aquí es donde tenemos la oportunidad de comenzar a implicarnos en la audacia con la que se inicia este texto, a través de un salto, induciendo un pliegue aporético –paradójico–, en las preguntas del párrafo anterior: no se puede unir lo que nunca estuvo separado. En otras palabras, ¿no será que estamos viendo nuestra subjetividad en el laboratorio como una contaminación patogénica, en lugar de como complejo enzimático propio de nuestro metabolismo profesional?

De pronto, llegamos a escasos metros de aquella pregunta tan provocativa del inicio. En el vaporoso clima de lucidez melancólica de un laboratorio desolado, con el guardapolvo hecho jirones, apenas iluminados por un pasado feliz de certitudes, estamos prácticamente arrojados a la resaca oquedad del sujeto, a pensar nuestros objetivos, métodos y resultados. A pensar si ellos son nuestros y cómo es que es nuestro, lo nuestro. Podríamos decir que este es el momento de desertar o de seguir adelante. De aquí en más y, después de poner en duda nuestra misma condición de investigadores en una ciencia cuya existencia como tal parece precaria, seguir leyendo este documento, implica predisposición demostrada para preguntas arriesgadas, para comprender, más que la concepción moderna de qué es un investigador, qué es lo que le impide ser y, tal vez, exponerse a una recomposición radical de nuestra categoría moderna de científicos/técnicos.

Hay que pensarlo, como también hay que pensar si se piensa y es aquí, en esto último, en donde se está por desplomar una inmensa pared. Aún estamos en nuestro laboratorio: ¿podemos pensarnos en y desde ese espacio? No, dice Heidegger, porque “la ciencia no piensa” (Heidegger, 1994:

117). Decíamos al principio: "... no sería mala idea detenernos y preguntarnos..." ¿Por qué "detenernos"? ¿No podemos pensar de ocho a cinco, en un día corriente de trabajo? En realidad, no. No, por lo menos de la forma que sería necesario para poner en juego objetivo y métodos, ya que no pueden jugar como jueces porque ya juegan como parte. En otras palabras, porque toda afirmación, por ejemplo, desde la biología, habla biológicamente, es decir, sin la disposición ineludiblemente necesaria como para hacer peligrar nuestro conocimiento en el borde abismal de la reinención de uno mismo como investigador. Con esto, el filósofo de Messkirch, no pretende objetar a la ciencia, simplemente está sugiriendo una inmensidad infranqueable, sin posibilidad de puentes. Por eso, el salto.

Si nos obsesionamos con la impronta positivista que nos tiene domesticados, es decir, ambicionamos aquellos puentes inconcebibles para Heidegger, esta relectura de nosotros mismos que estamos ensayando, nos proyecta a un imposible trágico: orientar nuestro trabajo hacia un objetivo diáfano, fácilmente distinguible y único. Los objetivos están y pueden ser, pero la singularidad subjetiva les sustrae su seguridad teleológica. ¿Alguna vez nos preguntamos a dónde queremos llegar realmente con nuestra posición institucional? ¿A cincelar en el mármol confuso de la ignorancia, la perfecta y sumisa imagen de Barrias o, nada más ni nada menos que a aquella suerte de plenitud imaginaria sartreana que obtura los huecos de un sujeto incompleto, fragmentado?

Sin desautorizar ningún proyecto, permitir la entrada del sujeto en ellos como delgada presencia tácita, convoca a la posibilidad de que seamos la meta de los mismos. ¿Son, entonces, los días en los institutos, consuelo de un sujeto precario, entregado a la maximización de su rendimiento, atado a prácticas de goce, sin brújula, sin relatos que le posibiliten una experiencia de transformación más allá de la publicación? No... exclusivamente.

Que el objetivo sea privado, que sea, en cierta forma, intentar completarnos, solo nos insta a desprendernos de la jerarquía, sin implicar pérdida de momento social alguno. Simplemente, dejamos de tener aquella autoridad legisladora con que la historia nos prodigara para señalar rumbos.

De hecho, puede que el investigador mismo sea objetivo de la investigación, pero también es innegable que es parte de un entramado capaz de producir algún tipo de sociedad. En lo evidente que puede parecer, en esto se aloja un giro que vulnera el sentido de esta palabra, desviándola de su lugar común. *Algún tipo* implica la apertura del cofre etimológico del signifiante *sociedad* para poder encontrar en él filigranas de alto valor heurístico. Sociedad como asociación, como excedencia de lo social sociológico. Una sociedad emergente de relaciones de resistencia entre, no solo huma-

nos, sino también aparatos, bacterias, plantas, reactivos, boletas, presupuestos, etc. Una sociedad absolutamente simétrica, ontológicamente llana.

Comienza a operarse, entonces, una metamorfosis desde un proyecto de investigación con impacto social hacia un proyecto sociológico o, mejor dicho *asociológico*. Como tal, ya no podemos mostrar itinerarios, estamos obligados a disputarlos. Las mediciones, experimentos y resultados son los de siempre, solo que su brillante solidez científica, muestra resplandores más que de verdad, del poder de la verdad y más que de lógica, de logística. Ya no hay proyectos para un mundo mejor sino proyectos que definen un mundo mejor y, que a la larga, termina siendo simplemente distinto. O, no.

Ese mundo, sin espacios independientes del sujeto y, supuestamente distinto, es producto de la plasmación de argumentos en algún acto tecnológico. Sin embargo, ¿no corremos el riesgo de que por el hueco de aquella tecnología, de donde se espera venir lo nuevo, no asome la cabeza del monstruo de lo mismo? Es para ser tenido en cuenta, ya que lo técnico rebasa su materialidad en la expresión de contradicciones de una sociedad que intenta recrearse permanentemente, desde la resignificación de sus frustraciones.

Con el espacio interior de los objetivos del investigador desplegado, dicha resignificación alcanza volumen y en él, el fracaso muestra su verdadero lado oscuro como guardaespaldas de la totalización. La meta, como aquel objeto que, según la ciencia moderna, solo nuestra ignorancia incompleta, pero que existe, total y extenso, es la que nos vomita el fracaso en la cara. Que un proyecto fracase, que un experimento salga mal puede ser movimiento afirmativo en una naturaleza plena que impugna la imposibilidad de saturación de sentido. *Una* naturaleza como la de Barrias: posible, fiel, entregada. El fracaso es una construcción de poder en las penumbras del positivismo. Es la astucia de ese poder. Para hacer fracasar al fracaso hay que destotalizar al proyecto. Recrearlo en la contingencia. Darle un mañana y vaciarlo de futuro.

Sin duda, lo hasta aquí discutido, aparece como algo exterior, ajeno al espacio técnico y no logra ser reconocido dentro del mismo. Deleuze, en *Diferencia y repetición* (2002), nos propone, precisamente, distinguir entre aquellas cosas o situaciones que dejan al pensamiento tranquilo y aquellas que nos fuerzan a “un pensamiento sin imagen” (Deleuze, 2002: 255). En las primeras, dice, se da un *reconocimiento*, en las segundas habla de *encuentro*. Encuentro, dice Deleuze, implica estar en presencia de algo sin haberlo buscado, pero también bajo la presión de un choque que ejerce una cierta violencia porque no se dispone de medios para hacerle frente. Por otra par-

te, un encuentro es también un contacto que desemboca en una unión y puede dar lugar a una creación.

Hablar de encuentro, implica que algo que ya estaba, se *presencia*, en este caso, un investigador que nunca quisimos ser o pensamos que podíamos ser. Vivimos, casi todos los días, una tensión ontológica que monta un espacio conflictual, un lugar en donde el investigador que somos y el que creíamos que íbamos a ser, discuten sus diferencias. Pensemos, si no, a dónde nos lleva día tras día de reactivos, mediciones, programas, equipos, presupuestos, boletas mal hechas, plazos ridículos, etc., etc. y más etc. Proyectos presentados que se aprueban con magros billetes y que logran apenas algunos mendrugos de lo que originalmente habíamos pedido.

Cuando se organiza un instituto, se organiza, se crea una ciencia. Oponemos esta alternativa al relato emancipatorio que hace orbitar a un grupo de investigadores alrededor del avance y el progreso, como una picada en la naturaleza abierta por la revolución científica. Un instituto es una articulación por y de una sociedad, llamémosla imposible y contingentemente fundada en planteos hegemónicos, y proyectada desde una arquitectura de la naturaleza que acomoda a sus intereses. Cuando se organiza un instituto, no se responde a las exigencias de la ciencia según un estadio particular en su *avance*. Un instituto de investigación es la explicitación de objetivos para los cuales se inventa una ciencia y, con ella, un cosmos.

Cada acto administrativo que estamos obligados a hacer, cada una de las intersubjetividades profesionales que originan los proyectos en la lucha cotidiana por defender nuestros objetivos, son los pliegues que prepara la institución para que en ellos se forme el técnico. La institución organiza un vacío a medida del investigador que preferiríamos no ser. Pero ¿de dónde surge ese *investigador institucional*? ¿Qué clase de investigador es? El *investigador institucional* es un exceso, un desborde que sale del laboratorio y se derrama en los pasillos, por las oficinas administrativas, por las reuniones de proyecto, en los seminarios, en los rincones más antropológicos de los institutos. La *inesencialidad* es su esencia, su centro está vacante.

Por otro lado, el investigador en el que nos proyectamos desde las aulas, el que suponemos que es y admiramos en las universidades e institutos de la metrópolis, en cambio, es aquel que procesa embalajes disciplinarios impertérritos, sospechando una corporalidad cierta, cuajada, capaz de desplazarse sin temor a disolverse en las contaminadas aguas del subjetivismo, gracias a que logramos objetivarnos como científicos. No podemos dejar pasar esto: *procesa embalajes*, crea su identidad y repudia andurriales que considera nocivos y hasta viciados. Después de todo, “la

universidad está hecha para que el pensamiento nunca tenga consecuencias” (Lacan, 2007: 41).

El investigador que creíamos que íbamos a ser irrumpe ante el descabro doloroso de una identidad no resuelta. La imagen mítica que el científico encarna, rellena los agujeros informes de un sujeto partido.

De todos modos, dirigir nuestro pensamiento sobre el investigador institucional hacia una propuesta homogeneizante, no adhiere a esa *no-fundamentación* ontológica que ansía una subjetivación expansiva, exploradora del espacio de lo posible. En cierta manera, es intentar una separación –del discurso del amo– y un aprendizaje de convivencia con una identificación como *científico*, dispuesta a migrar, no a geografías disciplinarias ajenas, sino, directamente, hacia lo indisciplinado.

Formados para caminar por los laboratorios con pies de plomo, no nos enseñaron a patear el tablero y marchar hacia un territorio de incertidumbres irreductibles y atmósferas ácidas que disuelvan nuestra naturaleza o, mejor dicho, nuestra singular naturalización de la naturaleza. Un lugar que nos permita obrar la amplitud de una invención paradójica, sin respuestas ajenas y con nuestras propias preguntas.

Tal vez, sería deseable poder decir con Heidegger: que hemos abandonado el término investigador-científico “para dejar [*nuestro*] camino de pensamiento sin nombre” (Heidegger, 1987: 110). Inmediatamente surge la pregunta, diríamos, institucional: ¿hasta qué punto se dispone de la libertad que exige este abandono?

No se trata de *superar* la instancia actual. No hay *razón* para hacerlo –y se pide particular y cuidada atención a las palabras *superar* y *razón*–. Hay que aprender a vivir con lo que hicieron de nosotros pero, con responsabilidad. Somos inocentes pero responsables. Pero, ¿qué significa, en este caso, ser responsable? Tal vez, implique arrojar a nuestro investigador al abismo, tal vez, rehuir el *dictum* heideggeriano –la ciencia no piensa–, instaurando una interlocución con *el exterior* que nos ayude a reinventar nuestra subjetividad científica, es decir, fundar una suerte de punto de exterioridad –un salto– dentro de nuestro trabajo diario. Sin embargo, ese punto no debe ser *afuera*. La propuesta es que retoñe de un malabarismo moebiano de nuestros saberes. Solo hay que iluminar lo que siempre estuvo, pero permanecía en penumbras, en un rincón del laboratorio. Y no asustarnos con lo que vemos.

Para que algo ocurra, algo debe partir. La primera figura de la esperanza es el miedo, la primera aparición de lo nuevo es el espanto.

MÜLLER (2001: 259).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Deleuze, G. (2002 [1968]), *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Editorial Amorrortu.
- Greco, C. y D. Crespo (2016), *Nunca fuimos ambientalistas. Repensarnos desde la muerte de la naturaleza*, Buenos Aires, Prometeo.
- Heidegger, M. (1987), *De camino al habla*, Barcelona, Ediciones del Serbal, “De un diálogo acerca del habla”, pp. 77-140.
- (1994), *Conferencias y escritos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, “¿Qué quiere decir pensar?”, pp. 113-126.
- Lacan, J. (2006 [1975]), *El Seminario. Libro 20: Aún*, Buenos Aires, Paidós.
- (2007 [2005]), *Mi enseñanza*, Buenos Aires, Paidós.
- Latour, B. (1992), *La ciencia en acción*, Barcelona, Labor.
- Müller, H. (2001 [1970]), “Mauser”, en Hörnigk, F. (ed.) y H. Müller, *Heiner Müller. Werke 4. Die Stücke 2*, Francfort, Suhrkamp, pp. 243-259.